

POST-SCRIPTUM

PARA DON LEANDRO LEJÁRRAGA.

Escrito este libro, pienso que a nadie como a usted puedo dedicarlo. Es él la realidad humilde de un pedazo de vida, y usted sabe de las vidas humildes, de las realidades silenciosas, de esas que pasan en el mundo sin hacer ruido y que, sin embargo, son las que forman los días grandes del vivir.

Dicen que, en tiempos, fué el vivir cosa fácil, y el novelar, arte de bien urdidas complicaciones; asombra, y aun admira, la potencia imaginadora de tantos novelistas que fueron maestros en el manejo de los acontecimientos, sabios en el entretrejer pasiones, en el enredar y desenredar conflictos, en el precipitar catástrofes, en el salvar y hundir vidas y haciendas. Hoy parece que la vida se ha complicado singularmente; se han borrado

casi todas las leyes, aquellas buenas leyes morales y sociales que, llevádoles como de la mano, marcaban el camino a las almas; y luego de borrarse las leyes, hace tiempo que callan los maestros. La autoridad duda de sí misma; ni en política, ni en religión, ni en arte, se ocupa nadie de enseñar doctrina; vanse cayendo los prejuicios, pero no vienen ideas firmes a sustituirlos. Hay asociaciones de palabras irremediabilmente envejecidas; ¿quién se atreve a decir, convencido, aquello de *principios fundamentales*, o aquello otro de *leyes eternas*?

Acaso esto es un bien; tal vez sea un mal, ya que la humanidad está compuesta, en su mayoría, por gentes que no son capaces de elaborar una idea propia, a duras penas de razonar alguna de las que ya encuentran cristalizadas; bien o mal, no lo sé; sé que es cierto; y esta falta de leyes trae como consecuencia la falta de conflictos, y hasta, si se quiere, la de pasiones. ¿Contra qué han de ir a estrellarse los impulsos pasionales, y acaso, acaso, cómo han de nacer? La pasión casi siempre tiene su germen en la contradicción; vieja ciencia es la que enseña cómo la calma engendra hastío. Y luego, trenes, libros, fotografías, han desflorado la tierra de tal modo, que es imposible hallar rin-

cón del mundo en que soñar una aventura o esconder un misterio; la indiscreción impresa ha hecho saber a todos cómo poderosos y genios también son pobres hombres y mujeres... ¿Dónde fantasear?

Por esto hoy la vida es pálida, está privada casi en absoluto del acontecimiento; mas para los espíritus que han menester alimento, para las inteligencias activas se ha hecho sutil, y los que han nacido noveladores o simplemente escudriñadores de la vida, han venido a preocuparse del matiz, del repliegue, de la luz fugitiva, de la sensación rápida, del gesto breve, de la palabra, del silencio mismo. Y he aquí cómo se ha transformado el arte.

No sólo la novela, el teatro, con ser género inevitablemente de *efectismo* y de *acción*, lo cual vale tanto como decir de *acontecimiento*, se preocupa, se apasiona en conflictos que las generaciones anteriores hubieran calificado con sorna de *quintas esencias*; a las situaciones han sustituido los caracteres; a los conflictos pasionales, los morales, tocados de un poco de intelectualismo.

¿Qué piensa de esto el público? El verdadero público, lector de novelas o espectador de dra-

mas, está desorientado; este arte nuevo le resulta pálido, porque si ha aprendido a vivir — por fuerza — como su tiempo, aun no le han enseñado a pensar cómo vive, y añora aquel fantasear pintoresco que antaño le ayudó a salir de sí mismo, a olvidar y a olvidarse; no se divierte. Pero es el caso que ya tampoco le logra divertir aquello mismo que fué su encanto. Representase una vieja comedia; corren a verla los que la recordaban prodigiosa, y salen del teatro asaz mohinos; y los libros aquéllos yacen empolvados, sin que los que eran niños cuando se escribieron, los quieran de nuevo leer; no pueden divertirles tampoco, ¡no son verdad!

¡Pero si la verdad no es poética, y nosotros quisiéramos algo de poesía! — dicen o sienten. Afortunadamente, España es un pueblo romántico, sanamente romántico; aun le quedan unas cuantas virtudes y unos cuantos errores que saben fresco y huelen bien. Hoy por hoy, la novela realista española tendrá siempre su dejo poético, si ha de ser imagen de la verdad; y de esto es fácil convencerse comparando la realidad de nuestra tierra con la literatura realista de otros países, aun de los más cercanos, Francia, por ejemplo. Novelas y comedias, las que ahora de Francia se

traducen, nos causan sensación de fruto avellana-
do y reseco, sabroso, ¿quién lo duda?, sano si se
quiere, pero sin la frescura del jugo y el gozo del
aroma. Somos pueblo romántico, tenemos fresca
sensualidad, inmoralidad ingenua; el pecado no
se ha tomado aún la molestia de complicarse ni
de ciencia ni de psicología; anda la virtud olvida-
da, como en toda la tierra, pero aun hay unas
cuantas palabras que la ensalzan en los cantares
mismos del pueblo; podremos haber perdido el
corazón, pero aun sentimos en él el dolor de *la*
puñalaita y aun llamamos *malas acciones* a cosas
que en el resto del mundo ha hecho correctas la
costumbre.

* * *

Pues, señor: el alma, cansada de buscar simpa-
tías y amores en sus hermanas las almas de hom-
bre, donde tan raras veces las suele hallar, se ha
ido camino de las cosas, y para que puedan darle
la ilusión de la *correspondencia*, «que hasta el
aire la quiere», dice una copla rancia, les ha otor-
gado gentilmente el don de animación. Y los ar-
tistas de hoy amamos locamente a la Naturaleza,
que se deja querer con pasividad acariciadora de

hembra muy amada. Placer de amados fué en todo tiempo pintar a la querida, y decir de ella, y cantar en versos su hermosura y ensalzar en prosas su amabilidad; por eso en los libros de ahora tiene tanto interés el paisaje. La que llama Azorín «emoción del paisaje» es una modernísima emoción, pero no menos honda que las tradicionales de amor naciente, de dicha rota. Es plácida, pero al tumulto que le falta súpale la hondura, y es soberana por su placidez misma — reina de paz. El espíritu, aun acaso el cuerpo, como que se funden, como que se disgregan yendo a reposar en infinitos átomos sobre las infinitas particillas que hacen un paisaje; un día, un mediodía cálido, lleno el aire de luz vibradora sobre las espigas de un campo o los geranios rojos de un jardín; un crepúsculo dentro la luz bermeja que detrás de unos álamos pinta el sol al ponerse; un amanecer en la tierra jugosa de un huerto sobre el cual rebrillea el rocío; en la paz musical del agua que se estrella; en la elegía heiniana del agua que cae una tarde de otoño desde el cielo gris; en la danza de cuatro mariposas sobre una pradera donde hay margaritas y donde tiembla sobre la hierba la sombra de un chopo; en la maraña de una zarza o en la pompa florida de una malva real. Mien-

tras en un libro esté el alma del paisaje, estará en él la poesía.

¿Qué por qué digo esto? Por decirlo, por el placer de la charla simpática que tan por completo saboreo charlando con usted; por el recuerdo de tantas otras pláticas amigas. Por confesar que en este libro, que apenas es novela, sólo he querido poner tres cosas: la humilde verdad de una de tantas vidas contemporáneas, la emoción intensa — mi emoción — del paisaje y el granito de romanticismo que aun está en el alma de nuestra tierra.

G. MARTÍNEZ SIERRA.